

nar con una apostasía la gloriosa historia de sus hermanos en el Japon, dando lugar en su corazon al arrepentimiento, exclamó en presencia del gobernador de Nangasaki con los ojos bañados en lágrimas: «He pecado contra el Rey del cielo y de la tierra, abandonándole por temor á la muerte; pero soy cristiano y Jesuita.» En su dolorosa pasion ostentó una firmeza casi juvenil, y el traidor á su Dios y á su Orden murió como confesor, después de sesenta y ocho horas de suplicio.

La religion católica sucumbia bajo el peso de las calumnias de los Protestantes, y bajo el egoismo mercantil de los herejes; el mismo Engelberto Kaempfer, el apologista de tantos horrores, se ve sin embargo obligado á hacer justicia á estos Jesuitas, á quienes importaba tanto á los holandeses y anglicanos dar á conocer como perturbadores, ávidos siempre de riquezas y de poder.

«Los Padres de la Compañía de Jesús, dice pág. 165, ganaban «la confianza del pueblo por su consoladora doctrina, en que respiraba la dulzura evangélica, tan nueva como desconocida de «los japoneses. Acreditábanse tambien por su ejemplar modestia, «su virtuosa conducta y por el modo desinteresado con que asistían á los pobres y enfermos, no menos que por la pompa y majestad con que celebraban los oficios divinos.»

Hé aquí los únicos crímenes que, según el testimonio de un hereje que escribía por cuenta de sus correligionarios, cometieron los Jesuitas en el Japon; crímenes que sin duda debieron parecer muy atroces á los ojos de los futuros comerciantes de Biblias, ó lo que es lo mismo, á esos anglicanos exportadores de la hez de sus manufacturas y poblacion, para hacer el contrabando religioso y el proselitismo mercante en los países nuevamente descubiertos. En la misma época en que la Religion perecia en el imperio japonés al par de la civilización, los Padres de la Compañía de Jesús, infatigables en sus tareas apostólicas, la establecian y la consolidaban en el celeste imperio. Si el camino del Japon se cerraba á su paso; si sus innumerables cristiandades se veian proscritas, la China se franqueaba á sus esperanzas, y los consolaba de su eterno destierro. Habia sido para Francisco Javier la tierra de promision, y como Moisés, le habia saludado con una mirada de proteccion, legando á sus hijos esta herencia, cuya grandeza dejaban presentir sus últimas palabras.

Algunos obstáculos insuperables, nacidos de la desconfianza

que cualquier extranjero inspiraba á los chinos, paralizaron los esfuerzos de los Jesuitas, llegados á este país con el objeto de caminar por las huellas de su modelo. Javier habia espirado en 1552 en las fronteras de este imperio, de donde fue desterrado cuatro años después el dominico Gaspar de la Cruz apenas hubo puesto el pié en tierra, por haber derribado una pagoda; pero los Jesuitas acechaban el momento propicio, y sin anticiparle con imprudentes demostraciones, estaban quietos á las puertas de la China, convencidos de que llegaria un dia en que este reino no podria escapárseles. Introdujéronse en ella efectivamente el P. Miguel Ruggini en 1581, y el P. Pazio en 1582, y prepararon el camino al P. Mateo Ricci, que al año siguiente logró por último plantar en él el estandarte de la cruz. Nacido este Jesuita en Macerata, en la Marca de Ancona, en el momento mismo en que Francisco Javier exhalaba su último aliento, fue recibido en la Compañía de Jesús; y educado por el P. Valiñani, á quien los reyes de Europa apellidaban el apóstol de Oriente, se consagró, como su maestro, á las fatigas y á la ignorada gloria de las misiones. Valiñani conocia á fondo y prácticamente la índole de estos pueblos, por haber estudiado sus gustos, costumbres, caracteres, y aun su docta ignorancia: puso un especial cuidado en formar algunos jóvenes que por la sencillez y atractivo de su carácter se pudiesen conciliar con el de los chinos, correspondiendo á sus miras los mencionados Jesuitas mejor que otros ningunos. Francisco Javier entraba en un país como conquistador, se insinuaba en él por medio de los prodigios, y se captaba su confianza por medio de aquel natural entusiasmo que comunicaba á la multitud. Valiñani por el contrario; no trataba de ejercer en los elementos aquel ascendiente de que Javier habia dado tantas pruebas; limitábase á las proporciones de la humanidad, y buscandó en su energía y paciencia la palanca que debia derrocar las inexorables puertas de la China, se ocupó en la creacion de una especie de noviciado particular, en donde quiso que Ruggini, Pazio y Ricci aprendiesen á superar los obstáculos del idioma, y se iniciasen en los misterios de la historia del imperio celeste; mientras que otros se preparaban á secundar sus trabajos y á sustituirlos si llegaban á ser víctimas de la religion que estaban destinados á anunciar. Sus primeras tentativas fueron inútiles, porque los indígenas guardaban su patria como una ciudadela; y si hasta allí habian emprendido

muchas cosas, restábaseles aun mas que evitar. En una nación susceptible y recelosa, que á mas de estar instruida se desdeñaba de aceptar todo lo que no la pertenecia, creyéndose la mas civilizada y gloriosa del mundo, no se podia proceder con el pueblo que la componia sino ganándole por medio de la lisonja, y amansándole poco á poco con aquella circunspeccion que hubiera sido capaz de sufocar el ardor en otras almas menos constantes que las de los Jesuitas.

Ricci habia estudiado en Roma las matemáticas bajo la direccion del P. Clavio. Luego de llegado á Chao-Hing, á donde le habia enviado el Virey, se captó el aprecio de los letrados, haciendo en su presencia algunas demostraciones astronómicas. Imaginábase que la tierra era cuadrada, y que la China ocupaba la mayor parte del globo, pareciéndoles el resto del universo como unos puntos de poca importancia destinados á hacer que resaltase la magnitud de su patria; opinion que, sin ofender su orgullo nacional, modificó Ricci, cambiando el primer meridiano, y componiendo un mapa que en nada ofendia su amor propio ni la verdad. Conducido después naturalmente por la explicacion de la ciencia terrestre á proporcionarles algunas nociones de la del cielo, comentándoles la moral evangélica, formó en breve algunos neófitos; y como se habia provisto de dinero en Macao, para no excitar contra su indigencia el fastuoso desden del pueblo, compró una casa en Chao-Hing.

Los principios de esta mision estuvieron muy distantes de hacer el ruido que habian hecho las precedentes: este Jesuita no arrastraba al pueblo en pos de sus huellas, ni trataba de sojuzgarlos con el terror de las penas del infierno, ni los seducia con la perspectiva de las delicias del paraíso. Dejaba los chinos que discutiesen su creencia, y con esto reconocian en el Jesuita un bonzo tan ilustrado como fino en los modales; pero tenian cierta repugnancia en mirarle como un apóstol. Persuadido de que para avivar la fe era indispensable convencerlos poco á poco, en vez de tratar de conmovierlos, se dedicó á esta ingrata tarea, viviendo así algunos años; hasta que despojado en 1589 por el nuevo gobernador de la provincia de la casa que habia comprado, se vió obligado á refugiarse en Chao-Tcheon, donde la fama de erudito que le habia precedido, le valió un acogimiento favorable de los magistrados. Apenas se habia instalado en su nueva residen-

cia, cuando se le agregaron otros dos hermanos coadjutores, principias que la China suministró á la Compañía, y un nuevo discípulo, denominado Chin-Taiso, hijo de un sugeto á quien sus talentos habian elevado á los primeros cargos. Era el nuevo alumno tan apasionado por las ciencias exactas, que no permitió á Ricci un momento de tranquilidad, hasta que prometiéndole satisfacer á sus deseos, dieron principio al estudio, viviendo juntos, y saliendo bien pronto el sabio, cristiano en la teoría. Entusiastas los mandarines de las ciudades vecinas de la ciencia de las matemáticas, y estimulados por el ejemplo de Chin-Taiso, acudian en tropel á la morada del Jesuita, que tan bien habia sabido desarrollar aquella naturaleza vigorosa, con el objeto de saludarle y recibir sus lecciones. Preséntase en seguida en la ciudad de Canton, á donde le llamaban los mandarines, que ansiaban escucharle. Rodéanle estos; óyenle con respeto, cuando les habla de Dios; con admiracion, cuando les hace sondear los abismos de la humana sabiduría; y convencidos en su interior de la verdad de su doctrina, le piden el Bautismo. Mas como el Jesuita se habia impuesto la ley de no otorgar este Sacramento sino después de prolongadas pruebas, ya porque conocia que tratándose de unos hombres tan instruidos, no le convenia dejarse arrastrar por un movimiento de entusiasmo, como porque sabia que la Religion no debia sostenerse por el mayor ó menor número, sino por la buena eleccion de los neófitos, concedió á algunos el favor que reclamaban, usó de dilaciones con otros, y se le rehusó á muchos mas.

Aumentábase poco á poco la falange de catecúmenos que, á imitacion de la Iglesia naciente, abrigaba algunos corazones que rebosaban en celo, pero en un celo imprudente y ciego, que acometia á los ídolos destrozándolos, entregándolos á la violencia de las llamas, y arrancándolos con furor de su pedestal. Verdad es que Ricci trató de oponerse á este imprudente fervor que podia comprometer la suerte futura del catolicismo; pero ya habia acudido tarde. La multitud no participaba de la opinion de sus mandarines; veia únicamente en los Jesuitas unos extranjeros, y este solo título era á sus ojos una sentencia de proscripcion: podia disponer de la fuerza bruta, y quiso emplearla durante el silencio de la noche. Los magistrados se habian propuesto emplear todo el rigor de las leyes contra los culpables; pero opúsose Ricci en union

de sus dos colegas, Antonio de Almeida y Francisco Petri, suplicándoles que se dignasen indultar á los asesinos, y tomando de su cuenta la defensa. Este inaudito espectáculo conmovió vivamente el instinto de virtud de las clases elevadas, exasperando cada vez mas al populacho. Pasados algunos días espiraron Almeida y Petri en brazos de Ricci, á quien este duplicado fallecimiento dejaba solo al frente de la cristiandad, cuyos progresos habia sabido preparar con tanta destreza.

Ricci conocia á fondo las leyes y costumbres de los chinos: convencido de que para hacerse oír de las masas, cuya ignorancia solo podia compararse con su grosería y fanatismo, era indispensable inocular primero la Religion en los corazones elevados, porque este era el único medio de popularizarla; y conociendo igualmente que los mandarines no pasarian á aceptarla mientras no hubiese merecido la aprobacion del Soberano, cuyo voto forma en el celeste imperio, mas que en ninguna otra parte, la regla de conducta que deben seguir los súbditos, concibió la idea de presentarse en la corte. No ignoraba que la moral cristiana encontraria admiradores en ella, y que por este medio llegaria á trillar un camino por el que podria conducir insensiblemente á los mandarines á los misterios en que pensaba iniciarlos: pero oponíanse á su designio diferentes obstáculos. Uno era el de hallarse solo, si bien es verdad que este dejó de existir con la llegada del P. Cataneo y de algunos otros Jesuitas. El traje que llevaban los confundió con los bonzos; y conociendo Ricci la necesidad de adoptar otro que tampoco los expusiese á la befa de los malvados y al desprecio de los buenos, consultó al prelado administrador y al P. Valiñani, residente á la sazón en Macao; quienes aprobaron su idea, y desde entonces empezó á usar la toga de los letrados chinos, tomó su birrete, cuya prolongada forma se asemeja á las mitras de los obispos, y espíó en seguida la ocasion favorable para penetrar en la corte.

En 1595 se esparce la voz en Pekin de que el monarca del Japon, Taicosama, ha resuelto hacer la guerra á la Corea, y que llevaria sus hostilidades hasta las fronteras de la China. El emperador Van-Lié reunió un consejo militar, en el que iba á presentarse el presidente del tribunal de la guerra. Al llegar este á Chao-Tcheon, manifestó un gran deseo de consultar á Ricci sobre la enfermedad de un hijo suyo, que hacia ya largo tiempo se halla-

ba postrado en el lecho del dolor, y desahuciado de los médicos. En su ansiedad paternal habia imaginado el presidente de la guerra, que un hombre llegado desde tan léjos para predicar el culto de un Dios, debia ejercer sobre la naturaleza un imperio á que se negaba el arte. El Jesuita prometió orar al cielo en favor de este hijo, objeto de tanto cariño, exigiendo como única recompensa que le permitiese acompañarle hasta la provincia de Kiangsi. Este viaje á través de la China, señalado por toda clase de sucesos y contrariedades, no debia tener otro resultado que el de revelar al misionero la industriosa actividad y las inmensas riquezas que contenia el país; pero era el primer europeo que pisaba el terreno de aquellas ciudades populosas y aquellas fértiles campiñas, y que descendia siguiendo la corriente de aquellos grandes rios, cuyas márgenes estaban circundadas de castillos. En Nankin pudo observar que el temor de la guerra acrecentaba los recelos de los chinos, y que siendo japonés para ellos cualquier extranjero, necesitaba mas que nunca valerse de la prudencia. Llegado ya á Pekin, y no queriendo confiar nada al acaso, se volvió á embarcar en el rio Amarillo, y aguardó circunstancias mas oportunas que no tardaron en ofrecérsele.

Con la muerte de Taicosama cambió la faz de los negocios, y con ellos la disposicion de los corazones, y la paz volvió por último al Jesuita su tranquilidad. Al aspecto de Nankin habia concebido el proyecto de elegir á esta ciudad como cabeza de un establecimiento de la Compañía; y después de haber evaluado en detalle los recursos con que podria contar en este imperio, y los medios mas aptos para dirigir sus facultades intelectuales hácia el conocimiento del verdadero Dios, puso manos á la obra, tratando en primer lugar de refutar algunos sistemas erróneos que en la astrología estaban recibidos por los mandarines como puntos de doctrina. Su palabra habia adquirido tanto influjo en el ánimo de los letrados, que prevaleció en sus espíritus á la vergüenza de una confesion, siempre difícil de arrancar. El prestigio que les habia rodeado durante el transcurso de prolongados siglos, fué desvaneciéndose poco á poco ante aquel raciocinio siempre tranquilo y positivo, que siempre diseutia con el compás en la mano; como les trazaba el camino de la verdad sin insinuarles que lo era tambien el del cielo, y como les trazaba de continuo nuevas sendas á su necesidad de conocer, acudian todos presurosos á escu-

char sus lecciones, y desde la inteligencia de los objetos físicos se remontaban á la de los morales, invitándole á que les explicase la naturaleza de Dios y los principios de la verdadera religion.

En tanto que el Jesuita les iniciaba en los misterios de su culto, deseando sus discípulos iniciarle á su vez en los del suyo, le hicieron asistir á los honores que en el templo real se tributaban á Confucio, su legislador y maestro, y le enseñaron su observatorio y su academia de matemáticas¹. Luego que llegaron á Nankin los demás individuos de la Sociedad á quienes habia llamado Ricci, se ocupó este en hacer prosélitos; siendo el primero uno de los principales jefes del ejército, llamado Sin, quien convencido de las verdades eternas, tomó en el Bautismo el nombre de Pablo; ejemplo que después imitó su familia entera, formándose de este modo la iglesia de Nankin. Pero en tanto no olvidaba Ricci que era indispensable ante todo obtener una autorizacion del Emperador, porque era edificar sobre arena y arruinar sus mas caras esperanzas el propasarse á ejercer su ministerio sin contar con la aprobacion de Van-Lié. Con este motivo, se resolvió á pasar otra vez á Pekin; y habiéndole proporcionado los comerciantes portugueses residentes en Macao y en Goa las ricas telas é instrumentos astronómicos que se proponia ofrecer al Emperador como un presente de feliz advenimiento, marchó sin demora para aquella capital. Los presentes destinados á Van-Lié excitaron la codicia de cierto gobernador de provincia, que trató de confiscarlos en utilidad suya, ó de hacer al menos que le sirviesen para granjearse el favor del Soberano, presentándoselos como suyos. Por lo que el Jesuita vió de nuevo interceptada su marcha. El gobernador habia anunciado en Pekin que cierto extranjero, arrestado en su territorio, poseia una campana que tocaba por sí misma; definiendo de este modo un reloj. Este hecho pareció inexplicable á Van-Lié, el cual mandó que el extranjero se presentase inmediatamente en la corte, orden que obedeció el Jesuita, arri-

¹ Léese con asombro en una carta del P. Mateo Ricci, que los chinos poseian ya en el siglo XVI un magnífico observatorio, y que todo el patio de este edificio, donde vigilaban de continuo algunos astrónomos, estaba lleno de máquinas, entre las cuales observó algunas, que expuestas continuamente á la accion de los rayos solares y á la intemperie de las estaciones, no habian perdido nada de su lustre primitivo.

bando á Pekin á fines de julio de 1600. Acogióle el Monarca con bondad, y después de aceptar sus presentes, mandó construir una torre para el reloj, cuyo mecanismo era admirado por todos los chinos. Colocó en su aposento las imágenes del Salvador y de la Virgen, otorgó al Jesuita la facultad de penetrar en el interior del palacio; á donde solo tenian derecho de entrar los altos funcionarios de la corona.

Siguiendo Van-Lié la costumbre de todos los soberanos orientales, y con el objeto de granjearse la veneracion de los pueblos, se sustraia á las miradas profanas, y solo estaba visible para sus concubinas y algunos pocos cortesanos privilegiados. Los mandarines y magnates del imperio eran únicamente admitidos á saludar su trono en los dias de gran solemnidad: favor que tambien obtuvo Ricci, y del que dedujeron otros mas importantes, hasta esparcirse la noticia de que conversaba íntima y familiarmente con el Emperador. El mismo Jesuita refiere que semejante rumor era infundado; puesto que ni aun se aproximó siquiera á la real persona durante todo el curso de su vida entera; pero creíanle tan avanzado en la intimidad del Emperador, que tomando cada vez mas incremento esta idea, le creó un poder tal, que todos ansiaban su amistad. Otorgóle tambien la suya el gran Colao, ó primer ministro de la China, y desde entonces el nombre de Ricci se hizo una autoridad en la capital.

Diez y siete años hacia que habia ingresado el Padre en el país, donde encontraba á cada paso nuevas dificultades, y en el que el temor y el orgullo alejaban á los indígenas de toda doctrina extraña; y durante este largo período de años, que hubieran agotado la paciencia de Job, se habia sometido á una infinidad de exigencias, haciéndose discreto y reservado, hasta ver llegar el dia en que le fuese permitido dedicarse con libertad á las misiones. Este dia amaneció por fin para la China: el Jesuita podia ya recolectar con júbilo la mies que habia sembrado con lágrimas; estábale ya permitido enseñar á los doctos é ignorantes las verdades del Evangelio, y tuvo la satisfaccion de ver que aceptando muchos de ellos la doctrina que les revelaba, y renunciando á sus pasiones, reconocieron al fin la divinidad del Crucificado. Y no solamente abrazaron el catolicismo los magnates Lig-Osun Fumocham y Li, el mas célebre mandarin de aquel siglo, con el único objeto de intitularse cristianos, sino que practicaban sus pre-

ceptos con tanta docilidad, que á mas de producir este cambio de creencia y costumbres una viva impresion en el pueblo, quiso tambien este á su vez iniciarse en los arcanos de una religion que se jactaban de profesar sus jefes, y cuyo influjo era tan poderoso que impelia á los corazones á ser castos. Pablo Sin, cuyo nombre se ha hecho tan ilustre en los anales del imperio chino como en los de la Iglesia, por su doble cualidad de principal dignatario de la corona y de mártir, se improvisó misionero en Nankin, y pertrechados todos en el apoyo que les prestaba Van-Lié, vieron fructificar su apostolado en todas las provincias. Mientras que los PP. Cataneo, Pantoja, Francisco Martinez, Manuel Diaz y el erudito Longobardi se ocupaban en esparcir en Canton y otras ciudades la semilla de la fe; y mientras que la multitud se estrechaba en derredor suyo escuchando atenta sus discursos, los mandarines, que miraban con ojos celosos y suspicaces aquella igualdad delante de Dios, acusaron á los Jesuitas, guiados por un extravagante espíritu de orgullo, de predicar al pueblo una ley que el Señor del cielo habia reservado únicamente á los letrados y á los jefes del reino; y agregándose los magistrados al dictámen de los doctos, se declararon contra las clases inferiores, á quienes importaba, segun ellos, mantenerse en una absoluta dependencia. El cristianismo tendió á emanciparlos; pero la política les aconsejaba no iniciarlos jamás en semejantes preceptos. Los Jesuitas recibieron orden de abandonar al pueblo á sus pasiones y á su ignorancia supersticiosa. No se proponia Ricci destruir el espíritu de raza; pero como en su corazon la salvacion de un hijo del pueblo era tan preciosa como la de un mandarin, trató de calmar la irritacion, y una vez conseguido su objeto, pudo continuar distribuyendo libremente á todos sin excepcion la palabra de vida y de libertad.

Sin embargo, esta iglesia naciente se vió expuesta á la persecucion en 1606, no por los chinos, sino por la autoridad eclesiástica. Habíase suscitado una diferencia entre el vicario general de Macao y un religioso de la Orden de san Francisco, á la que fue llamado como árbitro el rector de los Jesuitas, quien sentenció en favor del Franciscano. Indignado el vicario al ver que sus injusticias no eran sancionadas, lanzó un entredicho contra los Franciscanos, Jesuitas y gobernador, y aun sometió la ciudad entera á su anatema. De semejante complicacion podian nacer graves in-

convenientes, que los Jesuitas procuraron prevenir. Habian procurado conciliar todos los intereses; pero mal interpretada su intervencion, se procuró persuadir á los chinos residentes en Macao, que los Jesuitas eran unos ambiciosos; que solo aspiraban á colocar la diadema imperial sobre las sienas de uno de sus colegas; que habian construido sus establecimientos en los puntos mas elevados, para transformarlos en ciudadelas. Los chinos de Macao avisaron á los magistrados de Canton, y diseminando la alarma en las provincias, dieron lugar á que unos se apresurasen á repudiar el cristianismo, y se propusiesen otros degollar á los Padres, como en efecto lo verificaron con el P. Francisco Martinez, que llegado aquel mismo dia á Canton y denunciado por un apóstata, se le prende, y espira en medio de los tormentos mas atroces.

Mas la sangre que habian derramado, y el valor que habia demostrado el P. Martinez, proclamando hasta la muerte su inocencia y la de sus hermanos, produjeron una feliz reaccion en aquellos ánimos siempre tímidos, y que sospechaban de la demostracion mas inofensiva. Avergonzaronse del error en que habian caido, trataron de repararle; y aquella tempestad fue apaciguada por los mismos que estaban destinados á ser sus víctimas. Ricci, cuyo nombre habia adquirido en la capital y en el interior de las provincias tal celebridad, que los chinos le comparaban con su legislador Confucio, fue el conciliador universal. Habíase granjeado la gloria y el poder; pero no eran estas ventajas terrestres las que le habian hecho sacrificar su existencia á la propagacion del Evangelio. Lo único que deseaba era consolidar la obra que con tanto trabajo habia bosquejado. Después de establecer un noviciado en Pekin, recibió en él á varios jóvenes chinos, á quienes amaestró en la práctica de las virtudes, en el conocimiento de las letras y en el estudio de las matemáticas; y como si tantos afanes no fuesen mas que un juego para su ancianidad, escribia al mismo tiempo la relacion de los sucesos que pasaban á su vista. Ocupado sin cesar en agasajar á los mandarines y demás magnates á quienes la curiosidad ó el amor de la ciencia conducian á su morada, se dedicaba tambien á componer en idioma chino algunas obras de moral religiosa, algunos tratados de geometría, y explicaba la doctrina de Dios, al paso que los seis primeros libros de Euclides; pero no tardó en sorprenderle la muerte en medio de todos estos trabajos, y espiró en 1610, dejando á los chinos un